Año XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 36.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

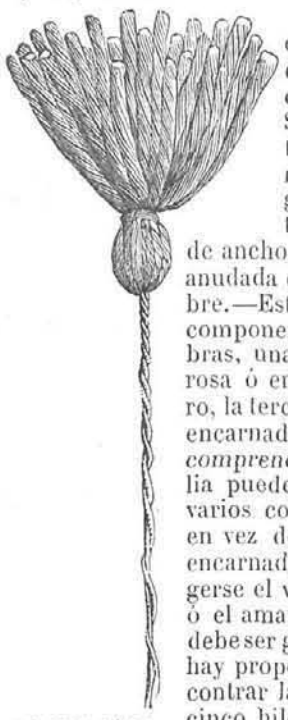
PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.— Flores de lana: dalia.—Chal de lana labrado á punto de aguja.—Pasamanería (labores de trencilla al crochet.—Alfabeto.—La noche.—Explicacion del grabado de modas.—La virtud del ejemplo.—Los ojos azules. — Un año de matrimonio.—Revista de Cádiz.—Explicacion del figurin iluminado.— Problemas de ajedrez. — Advertencia. — Solucion del logogrifo anterior.

FLORES DE LANA.

DALIA.

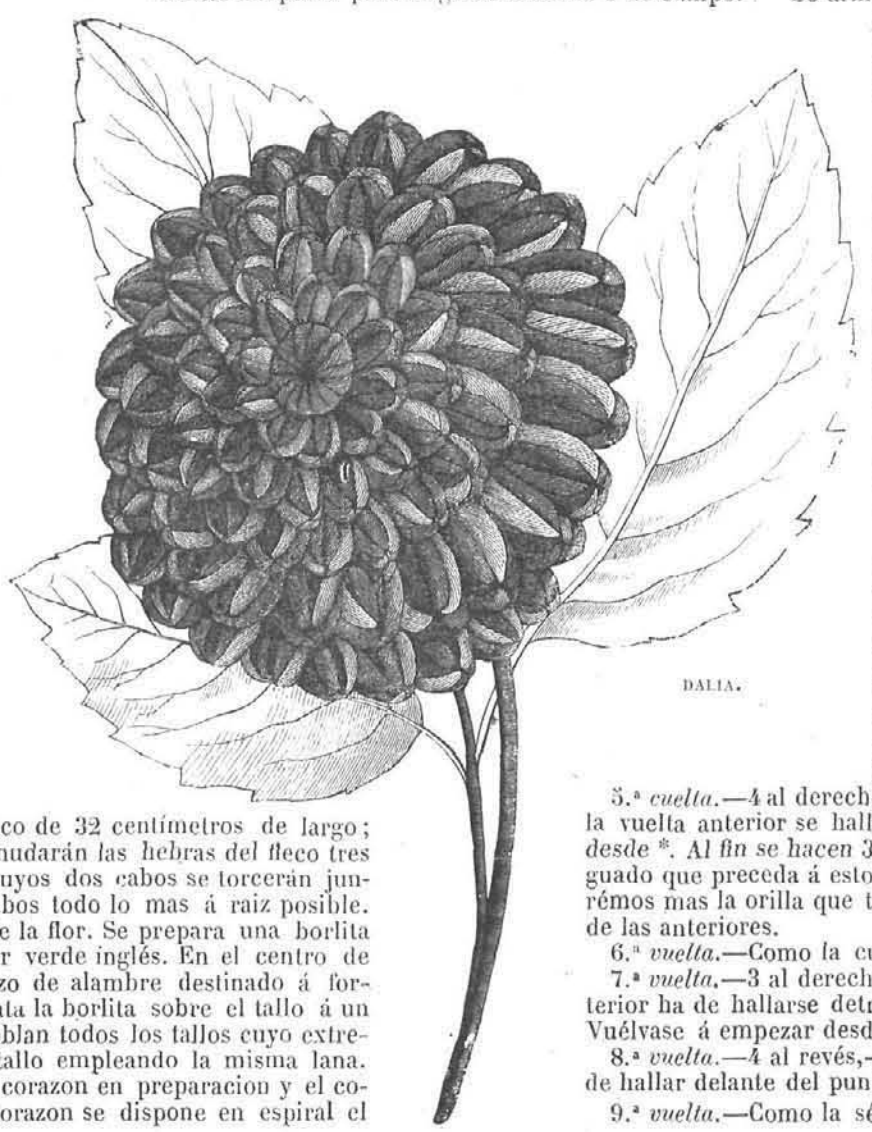
MATERIALES.—Lana céfiro verde claro; dos puntos del color rosa ó del punzó; lana blanca.



CORAZON DE LA DALIA EN PREPARACION.

Las hojas de esta flor se hacen con un fleco anudado. Se ejecuta este sobre un molde que tenga 2 centímetros y medio de ancho, con la lana anudada con un alambre.—Esta lana debe componerse de tres hebras, una blanca, otra rosa ó encarnado claro, la tercera rosa ó encarnado oscuro. Se *comprende que la dalia* puede hacerse de varios colores, y que en vez del rosa ó del encarnado puede escogerse el violeta, el lila ó el amarillo. La lana debe ser gruesa, y si no hay proporcion de encontrar lana céfiro de cinco hilos, vale mas *emplear la lana comun*. Para ejecutar una dalia semejante á nuestro modelo, se hará un trozo de fleco de 32 centímetros de largo; despues de haber sacado el molde se anudarán las hebras del fleco tres á tres, empleando alambre muy fino, cuyos dos cabos se torcerán junto al fleco; es menester cortar estos cabos todo lo mas á raiz posible.

Dos dibujos representan el corazon de la flor. Se prepara una borlita hecha con treinta hebras de lana color verde inglés. En el centro de esta borlita se pone el medio del pedazo de alambre destinado á formar el tallo, se tuerce el alambre, se ata la borlita sobre el tallo á un centímetro de distancia, despues se doblan todos los tallos cuyo extremo se encuentra suelto, y se las ata al tallo empleando la misma lana. (Véanse los dibujos que representan el corazon en preparacion y el corazon terminado.) Al rededor de este corazon se dispone en espiral el fleco preparado; la primera vuelta debe exceder del corazon en un medio centímetro poco mas ó *menos*: la *disposicion de las demás vueltas se indica* en el dibujo.



DALIA.

Chal de lana labrado á punto de aguja.

MATERIALES. —96 gramos de lana inglesa blanca; 80 gramos de la misma lana lila; agujas finas de hueso ó madera.

Cuatro dibujos se destinan á este chal, generalmente adoptado para trage de mañana ó de campo. Uno de estos dibujos representa el chal terminado, los otros tres indican en tamaño natural la labor: 1.° de una parte del volante,—2.° de una parte de la orla hecha con el fondo,—3.° de una parte del fondo. Estos dibujos servirán al mismo tiempo de guia para el grueso de las agujas que hayan de *emplearse*.

Nuestro modelo tiene 1 metro y 25 centímetros cuadrados, sin incluir el volante, cuya altura es de 35 centímetros.

Se arman, con la lana lila sencilla, 232 puntos muy flojos y se trabaja de ida y vuelta, primeramente la orla estrecha de uno de los lados del borde de afuera.

CORAZON DE LA DALIA.

1.ª *vuelta.*—Al derecho.

2.ª *vuelta.*—Al revés.

3.ª *vuelta.*—4 puntos al derecho, formando la orilla,—* 1 echado (se cuenta como un punto en la vuelta siguiente), —menguado (es decir, 2 puntos hechos juntos: en las vueltas al derecho se hace el menguado *al derecho*, y al contrario en las vueltas al revés); se vuelve á comenzar sin cesar desde *. Cuando solo se tienen 4 puntos en la aguja se hacen aisladamente al derecho para formar la orilla del otro lado.

4.ª *vuelta.*—3 puntos al revés, — menguado, comprendiendo en él el último punto que es el echado; este menguado se cuenta como el 4.° punto de la orilla, —* 1 echado,—menguado. Vuélvase á empezar desde *. Cuando solo quedan 4 puntos en la aguja, se hacen aisladamente al revés, despues de haber hecho un echado.

5.ª *cuelta.*—4 al derecho,—* 1 echado,—menguado (el echado de la vuelta anterior se halla delante del punto). Vuélvase á empezar *desde* *. *Al fin se hacen 3 puntos al derecho aisladamente, el menguado* que preceda á estos 4 puntos completa la orilla. No repetirémos mas la orilla que termina cada vuelta: es siempre como las de las anteriores.

6.ª *vuelta.*—Como la cuarta.

7.ª *vuelta.*—3 al derecho,—menguado (el echado de la vuelta anterior ha de hallarse detrás del punto),—* 1 echado, —menguado, Vuélvase á empezar desde *.

8.ª *vuelta.*—4 al revés,—* 1 echado,—menguado (el echado se ha de hallar delante del punto). Vuélvase desde *.

9.ª *vuelta.*—Como la sétima.

© Biblioteca Nacional de España

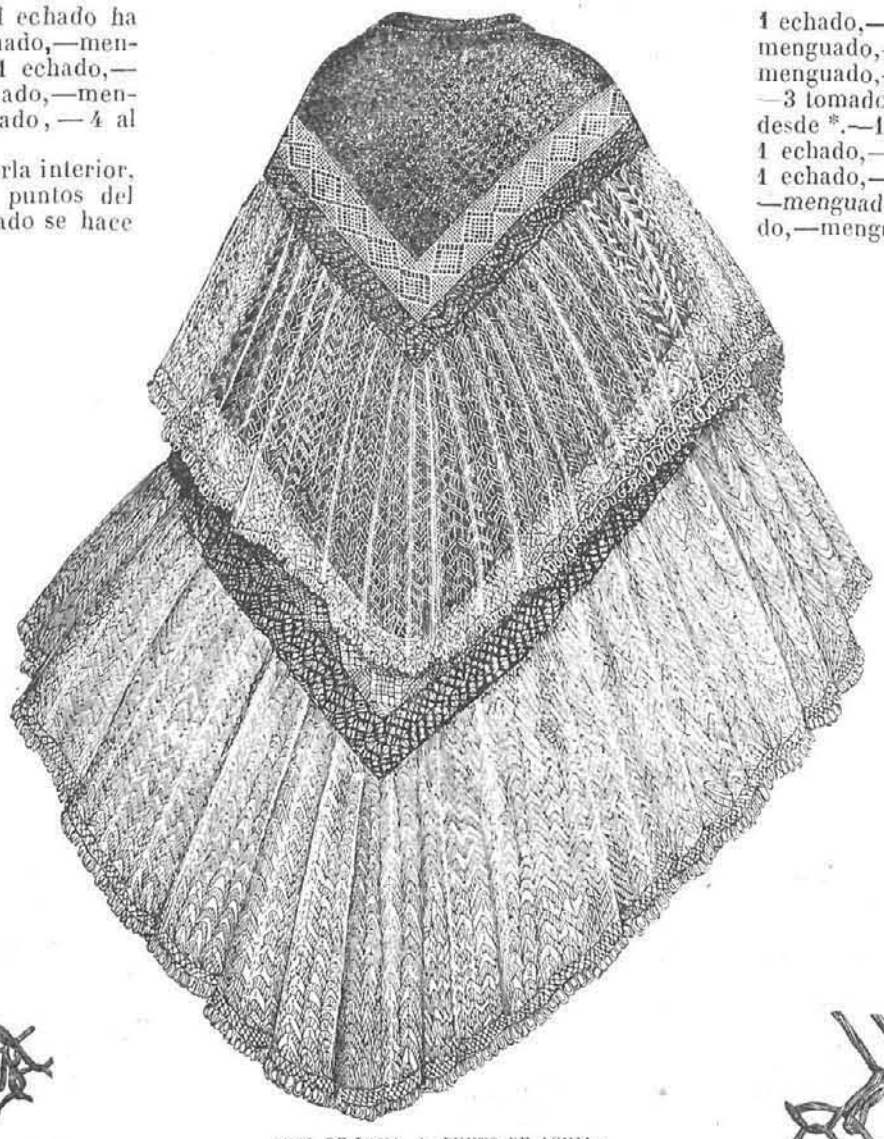
10 *vuelta*.—3 al revés,—menguado (el echado ha de hallarse detrás del punto),—* 1 echado,—menguado. Vuélvase una vez desde *, — 1 echado,—215 puntos al revés,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado, — 4 al revés.

Con la vuelta siguiente comienza la orla interior, hecha con lana blanca sobre los 212 puntos del medio de la vuelta anterior. En cada lado se hace la orla lila sobre 11 puntos del modo antes indicado; desde la 3 hasta la 10 vuelta, el borde exterior de la orla lila tiene una orilla de 4 puntos,—el lado de adentro, que se liga á la orla blanca, una orilla de 2 puntos; conviene notar aquí que la direccion de las hebras lila, formando una especie de escala, cambia siempre despues de tres vueltas, como se ha observado en las 4 y 7. Se vé, al hacer la labor, si el punto menguado debe tener el echado *delante* ó *detrás*. Cada una de estas orlas estrechas se hace con ovillo separado, así como la orla del medio; se deja la hebra suspendida de una vuelta á otra, y despues del último ó antes del primer punto de la vuelta, se la cruza con la hebra de la orla siguiente.

No describirémos mas la orla estrecha, y la indicarémos solo en adelante con la palabra *orla*.

11 y 12 *vueltas*.—Orla, 212 puntos lisos con lana blanca,—orla.

13 *vuelta*.—Orla,—8 al derecho, —* 1 echado,— menguado, — 12 al derecho. Vuélvase desde * 13 veces,—1 echado,—8 al derecho,—orla.



CHAL DE LANA A PUNTO DE AGUJA.

14 *vuelta*.—Orla,— 6 al revés, — menguado, —* 1 echado, — 1 al revés,—1 echado,—menguado, — 9 al revés, — menguado. Vuélvase 13 veces desde *.—1 echado, —1 al revés,—1 echado,— menguado, — 6 al revés,—orla.

15 *vuelta*.—Orla, —5 al derecho, — menguado,—* 1 echado,—3 al derecho,—1 echado, — menguado,—7 al derecho,—menguado. Vuélvase 13 veces desde *. —1 echado, — 3 al derecho, — 1 echado, — menguado,—5 al derecho,—orla.

16 *vuelta*.—Orla, —4 al revés,—menguado—* 1 echado,—2 al revés, —1 echado,— menguado,—1 al revés,—1 echado,—menguado,—5 al revés, — menguado. Vuélvase 13 veces desde *.—1 echado,—2 al revés—1 echado—menguado,—1 al revés, —1 echado,—menguado,—4 al revés,—orla.

17 *vuelta*.— Orla, —3 al derecho, — menguado,—* 1 echado,—1 al derecho,—menguado, —1 echado,—menguado,—1 echado,—2 al derecho,—1 echado, —menguado,—1 echado,—menguado, — 1 echado, — menguado, — 3 al derecho, — menguado. Vuélvase 13 veces desde *.—1 echado,—1 al derecho,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado.—2 al derecho,—1 echado,—menguado,—3 al derecho,—orla.

18 *vuelta*.—Orla,—2 al revés,— menguado,—* 1 echado,—2 al revés,—1 echado,— menguado, —1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 al revés,—menguado. Vuélvase 13 veces desde *.— 1 echado,—2 al revés,—1 echado,—menguado, —1 echado,—menguado —1 echado,—menguado,—1 al revés,—1 echado,—menguado,— 1 al revés, —1 echado,—menguado,—2 al revés,—orla.

19 *vuelta*.—Orla,—1 al derecho,—menguado. —* 1 echado,—1 al derecho,—menguado, —1 echado, menguado,—1 echado,—menguado,— 1 echado, — menguado,—1 echado,—2 al derecho,—1 echado, —3 tomados juntos al derecho. Vuélvase 13 veces desde *.—1 echado,—1 al derecho,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado, — 1 echado,—menguado,—1 echado,—2 al derecho, —menguado,—1 echado,—2 al derecho,— 1 echado,—menguado,—1 al derecho,—orla.

20 *vuelta*.—Orla, — 3 al revés, —* 1 echado,—menguado,— 1 al revés, — 1 echado,—menguado—1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado, — otro menguado, — 1 echado, — 3 al revés. Vuélvase 14 veces desde *, orla.

21 *vuelta*.—Orla,—4 al derecho.—* 1 echado,—menguado,—otro menguado, —1 echado,—menguado, =1 echado,—1 al derecho,—menguado,—1 echado, —5 al derecho. Vuélvase 14 veces desde *.—4 al derecho,—orla.

22 *vuelta*.—Orla,—5 al revés.—* 1 echado,—menguado,—1 al revés,— 1 echado,—menguado,— otro menguado, —1 echado,— 7 al revés. Vuélvase 14 veces desde *. Despues 5 al revés,—orla.

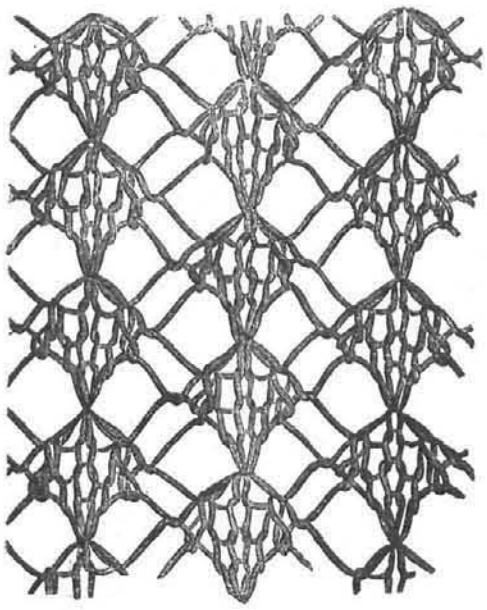
23 *vuelta*.—Orla,—6 al derecho.—* 1 echado,—menguado,—1 al derecho, — menguado,—1 echado,— 9 al derecho. Vuelvase 14 veces desde *. Despues 6 al derecho,—orla.

24 *vuelta*.—Orla,—7 al revés,—* 1 echado,—3 puntos labrados juntos al revés,—1 echado,—11 al revés. Vuélvase 14 veces desde *. Luego 7 al revés, — orla.

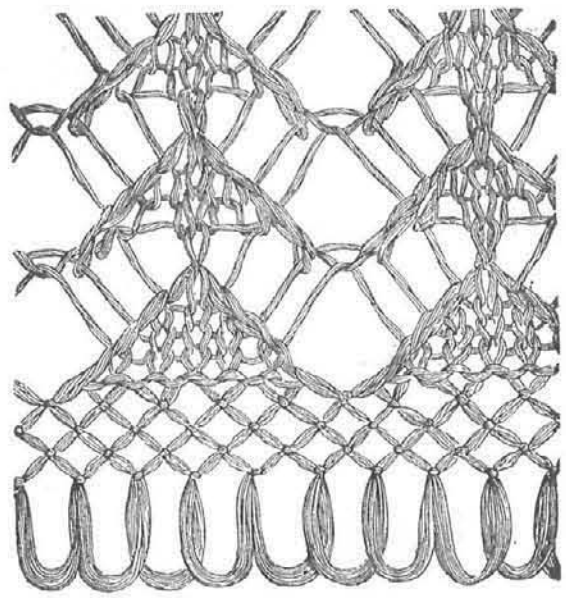
25 *vuelta*.—Orla, — 5 al derecho, — menguado,—1 echado, 3 al derecho,—1 echado,—menguado, — 188 al derecho, — menguado, — 1 echado, — 3 al derecho,—1 echado, — menguado,— 1 echado, —menguado,—5 al derecho orla.

26 *vuelta*.—Orla, — 4 al revés. — menguado, —1 echado. — 2 al revés,—1 echado,—menguado,—1 al revés, —1 echado,—menguado,—186 al revés,—menguado,—1 echado—2 al revés,—1 echado,— menguado,—1 al revés, —1 echado,—menguado,—4 al revés,—orla.

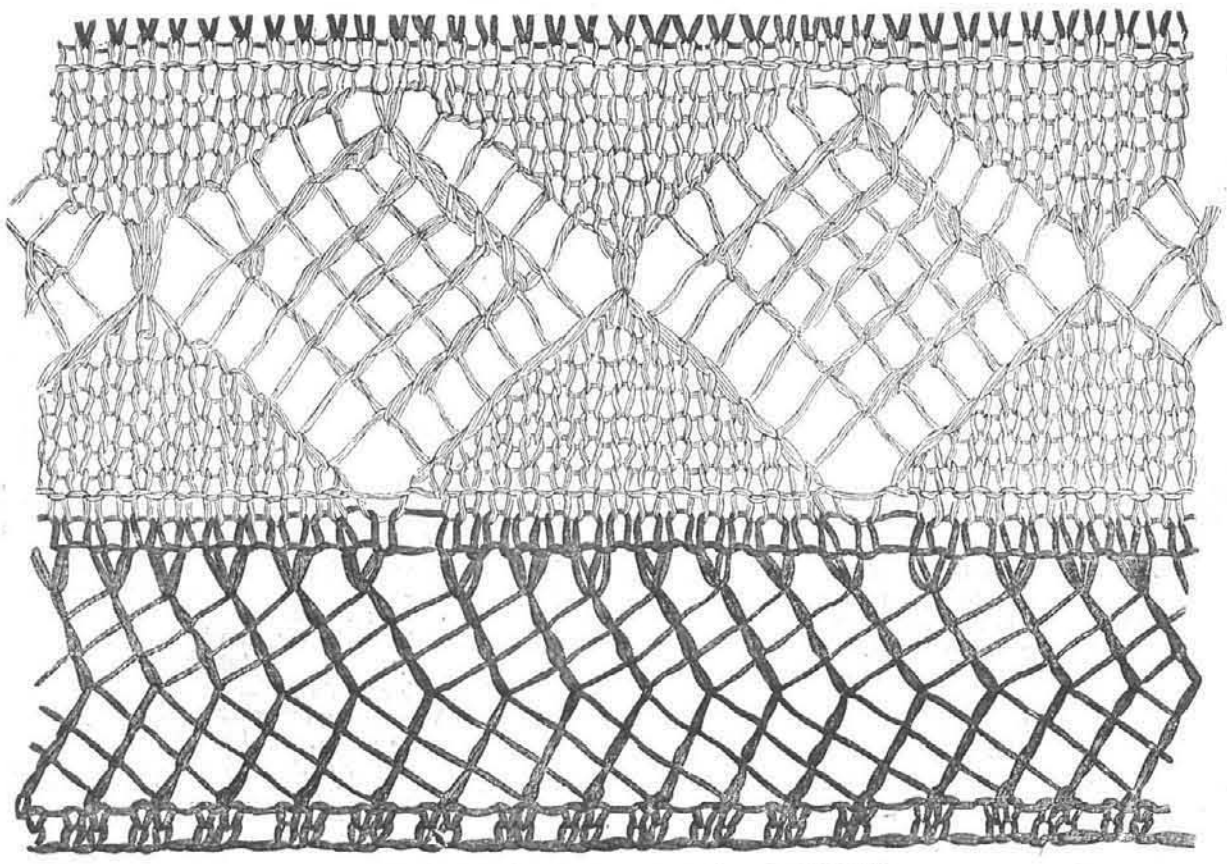
27 *vuelta*. — Con esta se comienza el fondo lila del chal sobre los 178 puntos del medio de la vuelta anterior. La orla blanca se ejecuta sobre los 17 puntos de cada lado de los 178 del fondo. Desde la vuelta 27 se trabaja con 5 ovillos en vez de los 3 emplea-



FONDO DEL CHAL.

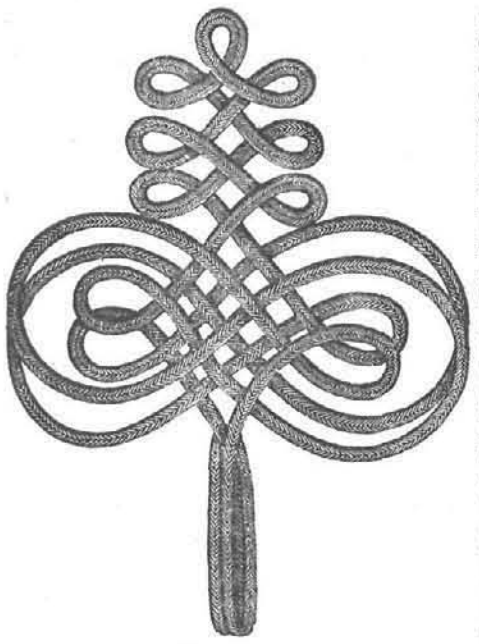


VOLANTE DEL CHAL.



FONDO DEL CHAL CON EL BORDADO (TAMAÑO NATURAL).

© Biblioteca Nacional de España

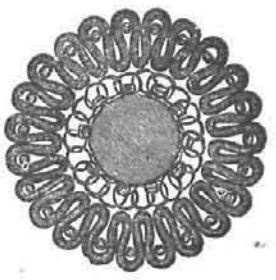


N.º 1.—ARABESCO.

dos hasta aquí; dos lilas para las dos orlas pequeñas, 2 blancos para los dos lados de la orla blanca, uno lila para el fondo. El cambio de lana se hace cruzando las hebras. El dibujo de la orla se repite sin cesar desde la 17 hasta la 26 vuelta. No describirémos mas esta orla, y para abreviar la designarémos con el nombre de *orla blanca*. La vuelta 27 se hace de este modo: Orla,—orla blanca—178 puntos lisos con lana lila,—orla blanca,—orla.

28 *vuelta*.—Como la 27.

29 *vuelta*.—Orla,—orla blanca,—5 al derecho.—* 1 echado,—menguado,—6 al derecho. Vuélvase 20 veces desde *,—1 echado,—5 al derecho,—orla blanca,—orla. En la orla blanca, en vez de hacer 3 puntos juntos, se hace un meguado y luego un punto al derecho.



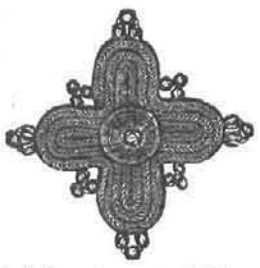
N.º 4.—ROSETA.

30 *vuelta*.—Orla,—orla blanca, 3 al revés,—menguado.—* 1 echado,—1 al revés,—1 echado—menguado,—3 al revés, — menguado. Vuélvase 20 veces desde *.—1 echado,— 1 al revés, — 1 echado, menguado,—3 al revés; orla blanca,—orla.

31 *vuelta*.—Orla, —orla blanca, 2 al derecho,—menguado,—* 1 echado,—3 al derecho,—1 echado, menguado,—1 al derecho,—menguado. Vuélvase 20 veces desde *.—1 echado,—3 al derecho,—1 echado,—menguado,—2 al derecho,—orla blanca, —orla.

32 *vuelta*.—Orla,—orla blanca—1 al revés,—menguado, * 1 echado,—5 al revés,—1 echado,—3 labrados juntos al revés. Vuélvase 20 veces desde*.—1 echado.—5 al revés, 1 echado,—menguado,—1 al revés,—orla blanca, orla.

33 *vuelta*.—Orla,—orla blanca—3 al derecho—* 1 echado,—menguado,— 1 al derecho, menguado,—1 echado,—3 al derecho. Vuélvase 21 veces desde *. —orla blanca,—orla.



N.º 6.—HOJA DE TRÉBOL.

34 *vuelta*.—Orla,—orla blanca, 4 al revés,—* 1 echado,—3 juntos al revés,—5 al revés. Vuélvase 21 veces desde *. Despues 4 al reves,—orla blanca,—Orla.

Se repite el dibujo del fondo desde la vuelta 31 á la 34 y se continúan las orlas. Cuando el fondo se compone de 206 vueltas se le termina con dos vueltas lisas. Se vuelve á hacer la orla blanca como se ha indicado *antes del principio del fondo*, continuando la orla lila. Despues de la orla blanca se repite la lila, por la cual se ha comenzado la labor.

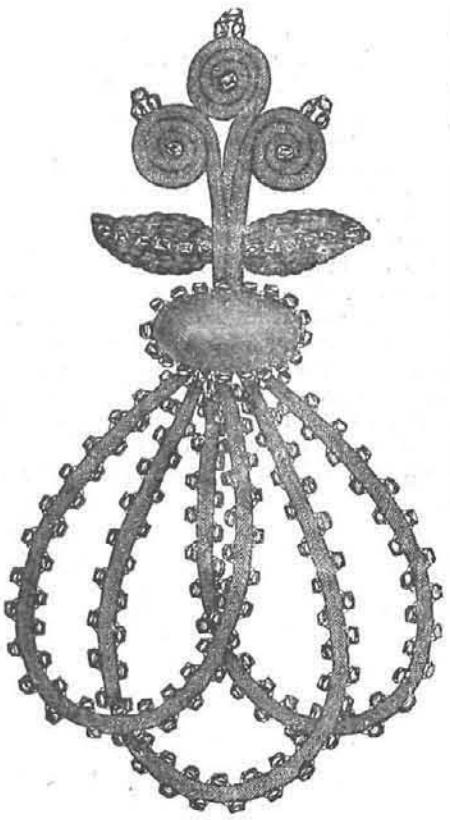
Volante.—Se hace con lana blanca de *ida y vuelta*. Se forma de 4 pedazos á lo largo. Se arman 457 puntos muy flojos para cada pedazo. La lana es sencilla.

1.ª *vuelta*.—Al derecho.

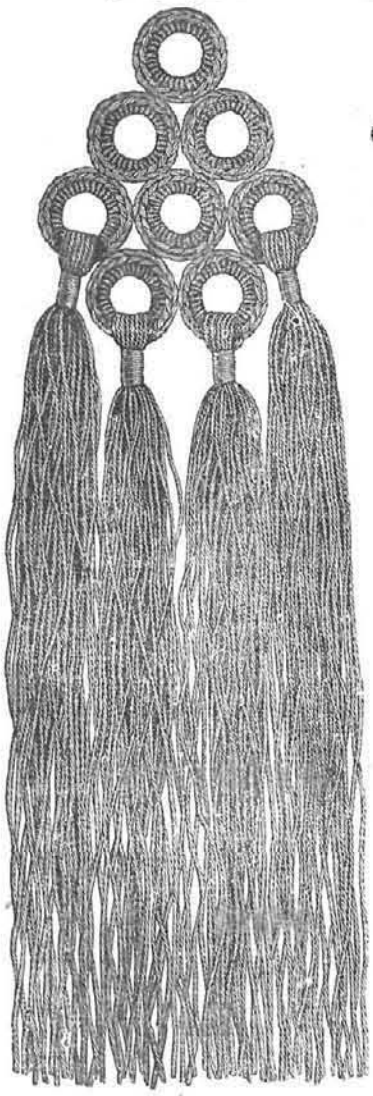
2.ª *vuelta*.—Al derecho,—* 2 echados,—menguado,—6 al derecho. Vuélvase á comenzar 55 veces desde *:—2 echados,—menguado,—3 al derecho. El echado doble se hace siempre en la vuelta siguiente como un solo punto

3.ª *vuelta*.—2 al revés—menguado,—* 2 echados,—1 al revés,—2 echados,—menguado.

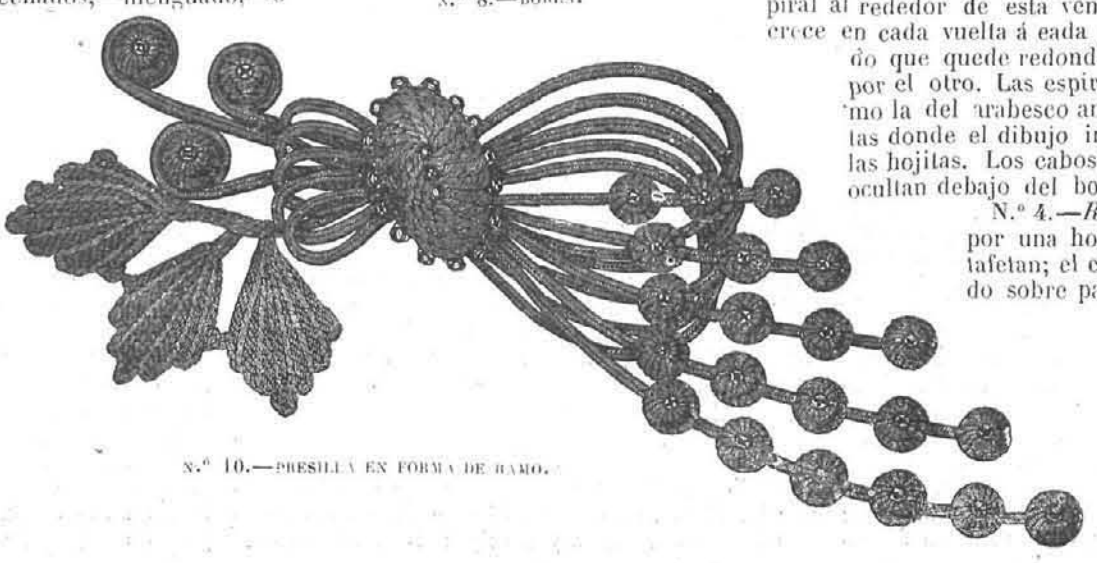
N.º 9.—BOTON.



N.º 3.—PRESILLA.



N.º 8.—BORLA.



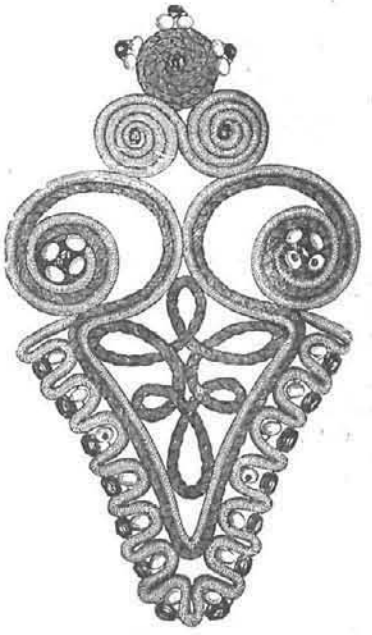
N.º 10.—PRESILLA EN FORMA DE RAMO.

3 al revés,— menguado. Vuélvase 55 veces desde *,—2 echados,—1 al revés,—2 echados,— menguado,—2 al revés.

4.ª *vuelta*.— 1 al derecho,—menguado,—2 echados—3 al derecho,—* 2 echados, — menguado—1 al derecho—menguado. Vuélvase 55 veces desde *,—2 echados,—3 al derecho,—2 echados, menguado, — 1 al derecho.

5.ª *vuelta*.—2 al revés, menguado—*2 echados, 5 al revés, —2 echados, 3 tomados juntos al revés. Vuélvase 55 veces desde *,— 2 echados,— 5 al revés,— 2 echados, menguado.

Se repite desde la 2.ª á la 5.ª vuelta hasta que se hayan hecho 61. Se desmonta (no muy flojo) y luego se hacen en la primera vuelta del volante 4 de red. Se emplea lana inglesa doble, se hace la primera vuelta sobre un molde que se pueda rodear con un hilo de 1 centímetro de largo; se pasa siempre un punto del volante; se anuda el punto de la red en el siguiente del volante. La segunda y tercera vueltas se hacen sobre el mismo molde; la cuarta sobre un molde plano bastante ancho para hacer mallas de 1 centímetro y medio de largo: cuando se han terminado los 4 pedazos del volante se les cose uno con otros, de manera que formen uno solo; se frunce el volante, se le cose al rededor del chal, de modo que haya en cada esquina una costura.



N.º 2.—ARABESCO.

N.º 5.—ROSETA.

Pasamanería (labores de trencilla y al crochet).

MATERIALES.—Trencilla cuadrada de lana; cordoncillo de seda; cuentas negras talladas; torzal negro de seda, etc.

Con poco trabajo y á poca costa se pueden ejecutar los objetos de pasamanería que vamos á describir, y cuya aplicacion es tan vasta.

N.º 1.—*Arabesco*. Se hace esta labor, como todas las de su especie, sobre un pedazo de papel fuerte, al cual se han trasladado los contornos de nuestro dibujo; siguiendo estos se dispone la trencilla, comenzando por el tallo del arabesco, donde se debe tambien terminar la labor. Donde quiera que la trencilla se cruza, se asegura por algunos puntos.

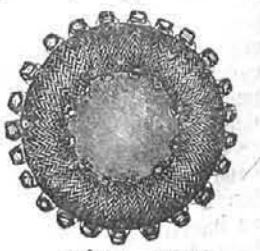
N.º 7.—ROSETA CUADRADA.

El *revés* de la labor se convierte en *derecho* del arabesco.

N.º 2. — *Arabesco*. Se ejecuta, como el anterior, con dos cordoncillos de seda; uno violeta y otro blanco y negro. Las 3 redondelas superiores se hacen por separado; el cordoncillo y la trencilla se disponen en espiral; se agregan las cuentas allí indicadas.

N.º 3.—*Presilla*. Además de la trencilla cuadrada, se empleará un molde oblongo de madera forrado de tafetan negro y torzal negro de seda, que servirá para ejecutar las dos hojitas al crochet. Para cada hoja se hace una cadeneta de 6 ó 7 puntos y se labran 4 ó 5 vueltas en espiral al rededor de esta vena con puntos sencillos. Se crece en cada vuelta á cada extremo de la hoja, de modo que quede redonda por un lado y puntiaguda por el otro. Las espirales superiores se hacen como la del arabesco anterior. Se colocan las cuentas donde el dibujo indica, sin omitir la vena de las hojitas. Los cabos de los bucles inferiores se ocultan debajo del boton forrado de tafetan.

N.º 4.—*Roseta*. El medio está formado por una hormilla de madera forrada de tafetan; el contorno se hace por separado sobre papel grueso; despues se cose



N.º 11.—BOTON.

© Biblioteca Nacional de España

á la pasamanería calada que rodea el boton.

N.º 5.—*Roseta en forma de estrella.* Se hace con trencilla sobre papel grueso; los cabos de esta se cubren con un boton de pasamanería.

N.º 6.—*Hoja de trébol.* Trencilla, cordon de seda y boton pequeño; se la hace como la anterior.

N.º 7.—*Roseta cuadrada.* Se hace como la anterior.

N.º 8.—*Borla.* Se toman ocho argollitas del tamaño de las del dibujo; se cubren con puntos sencillos muy apretados, hechos con torzal negro de seda. Se cosen estas argollas unas á otras por el revés, consultando el dibujo; despues, á cada una de las argollas inferiores se atan 30 hebras de seda.

N.º 9.—*Boton.* Se forra con tafetan negro una hormilla de madera; se la rodea con muchas filas de trencilla cuadrada; se la adorna con cuentas.

N.º 10. —*Presilla en forma de ramo.* Además del óvalo ejecutado con puntos sencillos cubriendo una hormilla de madera, se hacen al crochet las tres hojas de la izquierda; se toma torzal negro, y para cada hoja se hace una cadeneta de 11 puntos, sobre los que se vuelve haciendo 10 puntos-cadenetas; luego en el extremo un punto en el aire,—otro punto-cadeneta en el último punto-cadeneta. Este *crecido se repite en cada* vuelta á fin de *formar* la punta de la hoja, y por tanto se hacen siempre, en el punto en el aire de la vuelta anterior, 2 puntos-cadenetas separados por un punto en el aire. Despues del crecido, se continúa *sin volver la labor*, es decir, hácia el otro lado de la cadeneta por la que se comenzó la hoja. Se hace un punto-cadeneta en cada uno de los 8 puntos que se presentan; se dejan 2 puntos libres en la punta. Se vuelve la labor; se hacen 2 puntos en el aire; en el primero de estos se hace un punto-cadeneta para formar un dientecito, despues se continúa hasta el medio de la punta inferior, donde se crece, segun se ha dicho. Se pica siempre en la parte anterior de las puntos. Desde el crecido se continúa en el otro lado, haciendo siempre un punto-cadeneta en cada punto; se dejan 2 puntos libres en el extremo; se vuelve la labor; se hace el dientecito tal como se ha descrito; se continúa del mismo modo y se forman otros dos dientecitos. Se cierra la hoja á la mitad del centro del lado inferior.

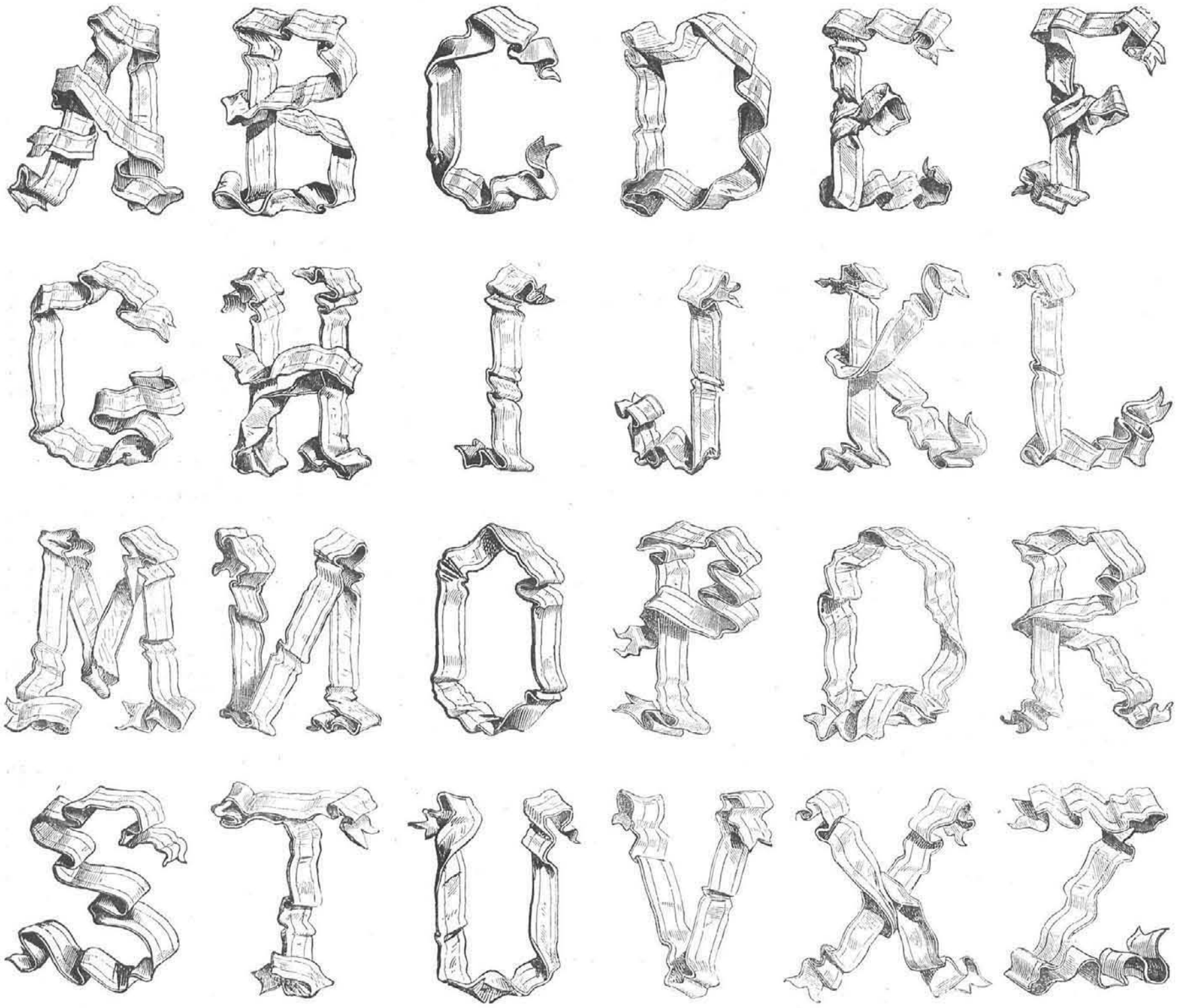
Las otras dos hojas se hacen como esta: al último dientecito se une, antes de cortar la hebra, una de las hojas concluidas, y se hacen 3 ó 4 puntos en el aire, sobre los cuales se vuelve con puntos-cadenetas para formar uno de los tallos pequeños. Cuando se ha concluido la tercera hoja, se hacen 17 ó 18 puntos en el aire, y en ámbos lados puntos-cadenetas para formar el tallo principal, al que se unen las otras dos hojas.

Se toman botoncitos de pasamanería, se los rodea de trencilla cuadrada, sin cortar el cabo de esta. Los bucles se ejecutan con la misma trencilla sobre papel grueso.

N.º 11.—*Boton.* Se hace con un anillo de madera *rodeado de trencilla dispuesta en filas apretadas.* En el centro se coloca una hormilla de madera, forrada de tafetan negro: el dibujo indica el sitio de las cuentas.

Alfabeto.

Publicamos hoy un segundo alfabeto compuesto por M. Morel. Es supérfluo hacer observar á nuestras lectoras la gracia y la originalidad de estas letras formadas con lazos de cinta. Sus caractéres pueden tambien bordarse en los pañuelos de batista, adornados con bordados y encage. Los alfabetos próximos contendrán letras mas pequeñas.



ALFABETO DE CINTA.

LA NOCHE.

¿Quién no ha experimentado alguna vez la inesperada impresion de un dolor repentino?

¿Quién no se ha cogido un dedo al cerrar una puerta?

¿Quién al volver una esquina no se ha estrellado con la grave individualidad de un mozo de cordel, ó con la impasible unidad de un aguador?

¿Comiendo ó hablando, no os habeis mordido nunca la lengua?

La noche entra perfectamente en este órden de ideas.—Cualquiera de esas impresiones puede confundirse con la noche bajo un punto de vista comun.

¿Qué es la noche?

Medítese bien y se comprenderá que es una cosa que hace ver las estrellas.

El fenómeno se verifica de esta manera:

El sol, cansado de mirar á la tierra, levanta sus rayos al cielo como la mirada de un afligido.

Esa mirada cuya significacion no aparece en ningun diccionario y que, sin embargo, en todos los idiomas *quiere decir ¡Cielo!*

Despues de este relámpago de sus últimos rayos, cuyas ráfagas brillan en todas direcciones como los reflejos de un incendio, desaparece detrás de una montaña, se esconde en la oscuridad del bosque lejano ó se sumerge en la mar.

Algunas nubecillas caprichosas se asoman al ho-

© Biblioteca Nacional de España

rizonte llenas de impaciente curiosidad, y al verse iluminadas por aquella última mirada, se quedan suspensas, vacilan en el aire y se ruborizan.

El viento corre de un punto á otro con silenciosa movilidad, dejando escapar por todas partes ese silbido ténue, que no hay letras con que poder escribirlo, y que quiere decir «silencio...»

Si el viento tuviera manos como tiene alas, estoy seguro que en esta ocasion expresaria su pensamiento poniéndose el dedo en la boca.

De paso mece á los árboles como si quisiera dormirlos.

Las hojas cuchichean y el agua corre á tientas tropezando con todo lo que se le pone delante y murmurando como un ciego que va hablando solo.

La sombra se deja caer lentamente, extendiéndose poco á poco como una gota de tinta en un vaso de agua, y la noche se dá á luz.

Desde este momento empezamos á ver las estrellas.

El cielo se hace mas azul para recibirlas.

El dia será mas resplandeciente, pero la noche es mas hermosa.

De dia se vé demasiado, es una luz muy fuerte que todo nos lo mete por los ojos.

No deja nada ni á nuestro deseo ni á nuestra imaginacion.

todo.—Una de las cosas mas bellas que hay en el mundo es el pudor; pues bien, analícese y veremos que el pudor no es mas que un velo.

La noche brilla en medio de la oscuridad, como una mirada de mujer en unos ojos grandes y negros.

El que quiera sondear el corazon de un amigo ó de una mujer, que elija la armoniosa soledad de una noche tranquila.

Parece que entonces el corazon humano se halla en presencia de la eternidad y se descubre entero.

En esos instantes en que todo es misterioso y fantástico, el alma se escapa como el perfume contenido en un vaso.

La noche es el momento de las íntimas confidencias.

pa, el lujo y la soberbia de los hombres.

La noche borra con su mano invisible el espectáculo de nuestra grandeza, para que podamos levantarnos un poco sobre nuestra miseria.

El dia, presentándonos por todas partes la opulencia, el lujo, las sonrisas equívocas, las miradas atrevidas, los vestidos brillantes; en una palabra, la corteza de nuestro ser, nos va diciendo á cada paso: «hé aquí el hombre.»

La noche, desatando el hilo misterioso de nuestros sentimientos y de nuestras ideas, nos dice: «hé aquí el alma.»

De dia se ve la tierra, de noche el cielo.

De dia se trabaja, de noche se vive.

De dia el negocio, la oficina, el taller; de noche el amigo, el amante, la familia.

Todo adquiere durante la noche una inmensa solemnidad, todo se ennegrece al contacto de esa sombra que cae sobre la tierra como un bálsamo.

Ese silencio sonoro, esa oscuridad brillante, esa soledad llena de seres misteriosos que aparecen y desaparecen y cambian de forma y lugar á cada instante, parecen la revelacion de una vida incomprensible, de una naturaleza distinta, de un mundo desconocido.—El dia se ha hecho para la materia,

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de alpaca blanco. La enagua está guarnecida por dos volantes encañonados, de 8 y 7 centímetros de alto, con un entredos estrecho de encage negro por arriba y por abajo; sobre esta guarnicion vá un entredos mas ancho, dispuesto de modo que forme tres lazos, uno en cada lado, y otro mayor en el centro del paño de delante. Corpiño lancero, con chaleco y chaqueta figuradas; este corpiño es abierto, y lleva todo al rededor un entredos muy estrecho; está cerrado con botones negros y blancos; otro entredos figura la chaqueta, señalada además por un segundo entredos mas ancho dispuesto á ondas; faldetas por detrás; mangas semi-anchas, guarnecidas como la chaqueta. Corbata azul.

Vestido de mañana ó de viage. Trage de muer gris plateado; dos filas de cordon grueso forrado de tafetan blanco van dispuestas en festones muy próximos, y suben hasta el talle á un lado y otro de las costuras de los paños de la enagua; el mismo adorno, de dimension mas pequeña, corre sobre las costuras del corpiño. Talma igual al trage. Sombrero redondo de paja gruesa de Italia, guarnecido de terciopelo azul. Corbata azul.

Es una especie de escarpelo que todo lo diseca.

Una habladora que todo lo dice, una indiscreta que todo lo enseña.

El secreto de la vida consiste en no ver mas que un poco de las cosas y suponer lo demás.

Para todo enamorado la cara de la mujer que quiere es un conjunto de perfecciones.

Ninguna le parece mejor.

Hay, sin embargo, un caso en que esta regla general se ve únicamente comprometida.

Este caso es otra cara cubierta con un velo.

Estoy seguro de que los amantes se quieren mas de noche que de dia, porque se ven menos y se imaginan mas.

Ese color de rosa de que todos tenemos un poco para embellecer la palidez de lo que llamamos realidad, es un cosmético que necesita la sombra para brillar.

Un niño está siempre mucho mas alegre que un hombre, porque ve menos; y un anciano está siempre mas triste que un jóven, porque ya lo ha visto

El corazon humano, semejante á la magnolia, solo se abre en el silencio y en la oscuridad de la noche.

Como no nos vemos, nos parece que no somos nosotros mismos.

¿Qué nos importa de dia el ruido de la gente que pasa por la calle, ó el estrépito de un coche que al pasar hace temblar el pavimento?

A la una de la noche ya es otra cosa.

Los pasos solitarios de un transeunte que resuenan en las baldosas, á compás como los latidos de un reló, el murmullo de una conversacion que se pierde, el ruido de un balcon que se abre, una voz, un suspiro, un silbido, todo excita nuestra curiosidad y despierta nuestro interés.

De noche parece que acabamos de nacer, pues todo se presenta á nuestros ojos con una irresistible novedad.

El dia es un escándalo, la noche es un secreto.

De dia se ve lo que hay, de noche lo que se sueña.

De dia se ven los palacios, las ciudades, la pom-

la noche para el espíritu.

Hay una gran parte del alma que indudablemente despierta por la noche, y que pasa el dia sumergida en un profundo letargo. Acaso se dirá que esta parte del alma hace mala vida.

De noche es cuando el hombre se encuentra frente á frente de sí mismo.

Entonces es cuando se sondea á sí propio y registra minuciosamente los rincones de su memoria, los mas ocultos aposentos de sus deseos y el fondo impenetrable de su conciencia, como de dia registra los secretos de su gabeta y examina las ocultas interioridades de sus bolsillos.

De noche es cuando hace sus terribles visitas el remordimiento; de noche es cuando los recuerdos se levantan de la sepultura del olvido como sombras evocadas por un conjuro; de noche es cuando el hombre se adivina, se siente, se habla y se reconoce.

No sé qué relaciones existen entre el mundo físico y el mundo moral, pero me acomete la sospe-

© Biblioteca Nacional de España

cha de que si no hubiera noche no habria conciencia.

De dia el hombre se oculta á sus ojos entre los demás; de noche se descubre á si propio, como una confidencia que se hace á si mismo y que debe olvidar al amanecer.

La noche es un espejo en el cual se miran tranquilamente los corazones puros y del que huyen espantados los corazones perversos.

El estrépito de la vida se apaga, la luz se desvanece y el silencio y la oscuridad nos llevan poco á poco al borde de ese abismo que todos llevamos en el corazon.

Considerándolo atentamente, la noche es una especie de pantalla que nos rodea de sombra para que podamos vernos con toda claridad.

¡Cuánta justicia se encierra en ese terrible absurdo?

Nuestro pensamiento se nos pone delante como una luz que penetra al través de los párpados y nos guia por el incomprensible laberinto de nuestro ser.

De dia el hombre es una máquina ó mejor dicho, el diente de una de esas ruedas que forman el mecanismo de un pueblo, y que engranándose unas con otras, componen ese gran reló que se llama humanidad, que ha fabricado ya seis mil años de tiempo.

De dia es el hombre la herramienta más ó menos grosera de un taller en el cual labra minuto á minuto la parte que le corresponde á esa primera materia que se le llama vida.

De dia el hombre no es mas que la parte imperceptible de un todo, que va donde la llevan, que se dobla cuando la oprimen, que cede cuando la empujan.

De noche sacude, por decirlo así, el polvo del trabajo, y en medio de la oscuridad y del silencio se busca, se encuentra y se reconoce.

Entonces ó se estima ó se desprecia.

De noche construimos esas magníficas obras conocidas en la historia de la bella arquitectura con el nombre de castillos en el aire.

De noche fabrica cada uno las doce horas del dia siguiente, pintándolas á su gusto y cortándolas á su medida.

De noche es cuando se asoma á los ojos del jóven que siente en su alma los primeros latidos de un amor verdadero, la hermosa mujer á quien busca y que do ha visto todavía, y le dice: «Yo soy.»

De noche viene á pedirnos una caricia con sus ojos alegres, sus mejillas redondas y sus labios sonrosados, el hijo que aun no hemos tenido.

De noche viene á buscarnos esa hada fastuosa que nos guarda un tesoro escondido detrás de cada dia.

De noche juegan con nuestro espíritu esa multitud de ideas incomprensibles que vagan por el mundo misterioso de la inteligencia sin haber encontrado su forma todavía.

De noche, en fin, es cuando el alma se levanta sobre la tierra, como el perfume sobre las hojas.

De dia se vegeta, de noche se medita.

¿Qué son las realidades del dia ante los misterios de la noche?

Lo que es la estrechez de una palabra á la inmensidad de un pensamiento.

Esto seria interminable, y es preciso acabar.

El hombre se disfraza al amanecer de vecino, de ciudadano, de autoridad, de escritor, de artesano, de amigo, de amante, de vago, de calavera ó de banquero.

Por eso de dia todo se convierte en bromas, riñas, engaños, algazara, tumulto, confusion, brillo y movimiento.

De noche suelta el disfraz y se queda de hombre.

Por eso de noche todo es serio, silencioso y solemne.

JOSÉ SELGAS.

LA VIRTUD DEL EJEMPLO.

(Traducido directamente del aleman.)

Al pié de las montañas que separan la Baviera de los Estados de Weimar, está situada la pequeña villa de Hoff, en la que vivia hace algunos años un forastero llamado Loffen. Era bohemio, y figuró en las filas de Austria con el importante grado de mariscal de campo; pero la paz de 1815 habiendo disuelto las tropas que dirijia, se retiró, con una niña llamada Dorotea, que habia llegado á ser una linda jóven.

Loffen era hombre instruido; mas lo irascible y fogoso de su carácter habia turbado la felicidad de su vida y no poco contribuido á su elevacion en las armas. Dominado por los infantiles encantos de Dorotea, el que habia resistido con valor á sus fuertes enemigos por espacio de treinta años, se convirtió en humilde esclavo de una delicada niña.

Pero un cambio de situacion se prepara, ahora que nosotros nos ocupamos de él, pues trata ella de enlazarse con el jóven William Munster, que habita una quinta del bosque cercano, á quien conocia desde su llegada á Hoff, y con quien se habia relacionado estrechamente.

El jóven trataba con su futuro suegro de este asunto.

—Convenido, exclamó separando á un lado las cuentas que le presentaba mister Loffen sin detenerse en examinarlas, nos iremos á la quinta.

—Si tal es su voluntad, añadió el mariscal.

—Allí gozaremos de todo.

Loffen lanzó un sordo y apagado suspiro.

—¿Sentís nuestra marcha? preguntó sériamente William; si es así nos quedaremos.

—No, hijo mio, respondió el soldado tomándole de la mano; no me inquieta la morada, pero temo la soledad.

William no replicó y siguió al diálogo un silencio grave.

Por último, lanzando sobre el mariscal una mirada furtiva volvió á preguntar.

—¿Y no hay un medio para remediar esa soledad que temeis tanto?

—¿Qué medio? ¿cuál?

—Vive en Egra una persona muy cara para vos en otro tiempo.

—¡Bastante, William, bastante! le interrumpió el mariscal, levantándose como el rayo. Dorotea te habrá enterado de mis disposiciones sobre este particular. Jamás me hables de eso, William, te lo supiico como amigo, te lo mando como padre.

Munster se inclinó y Loffen tomó la puerta.

La persona que vive en Egra, y á la que aludia el jóven, no era otra sino la madre de Dorotea. Casada desde muy niña con el mariscal á quien adoraba, el carácter de Loffen vino á turbar la tranquilidad que disfrutaron algun tiempo despues de casados, pues lejos de simpatizar con ella la irritaba con la oposicion de sus ideas, hasta el extremo de cambiar el cariño en indiferencia. Carlota en fin partió á reunirse con sus parientes en Egra, mientras Loffen se avecindó en Hoff con su hija. Así pasaban los dias y llegó el señalado para la boda. La bendicion nupcial debian recibirla á media noche, en la iglesia del pueblo, y los amigos del mariscal estaban invitados para reunirse con alguna anticipacion. Llegaron al oscurecer y fueron recibidos por los novios con el mayor agasajo. Viéndolos reunidos Loffen intentó separarse de ellos para dar algunas órdenes, pero Dorotea no consintió en su ausencia.

—Perdonad, padre mio, dijo abriendo los brazos; perdonad si me opongo á que salgais, y acordaos que hoy no teneis derecho para mandar.

—En efecto, es San Silvestre, exclamó un convidado.

El dia de San Silvestre se celebra en Baviera y en Hoff de una manera particular. Una costumbre anticuada hace cambiar en este dia el órden de las familias y la autoridad de los padres pasa á manos de los hijos. Así en las fiestas saturnales, los romanos daban algunas horas de libertad á sus esclavos, los que á la vez eran servidos por sus amos.

El mariscal, que constantemente se habia declarado en favor de las costumbres añejas, respondió á su hija con una grata sonrisa, que á William y á ella dejaba la direccion de todas las cosas.

—Segun veo, replicó Dorotea, ¿os someteis á la ley de San Silvestre?

—Me someto, hija mia.

—Nuestros amigos serán jueces, exclamó la jóven volviéndose á los convidados, y además tendré por consejera de gobierno á una señora con quien me relacioné en mi último viaje.

—¿Sin consultar conmigo? añadió respondiendo el mariscal.

—Es dia de San Silvestre, padre mio.

—¿Y no puedo saber el nombre de esa persona?

—Aquí la teneis, interrumpió Wiliam.

Dorotea fué á encontrarla; el mariscal, que se hallaba próximo al balcon, se asomó á él y reconoció á Carlota.

Difícil seria explicar la sensacion que experimentó Loffen al verla. Era evidente que todo se habia dispuesto por Dorotea y su madre, y que se trataba de una reconciliacion, confiando tal vez en el embarazo que debia producirle la sorpresa ó tal vez en su misma debilidad. Un pensamiento mezquino le sugirió esta última idea, y como la edad no habia tranquilizado su espíritu, se llenó de indignacion. Permanecia en el mismo puesto sin determinarse á tomar ningun partido, cuando apareció Carlota entre William y Dorotea.

—Os presento á madama de Nugel, exclamó esta, fijando en su padre sus hermósos ojos.

Loffen se extremeció.

—Perdonad, balbuceó Carlota, perdonad que no haya anunciado mi venida.

—El mariscal se felicita de las gratas sorpresas de sus amigos, añadió William.

—Además yo lo habia dispuesto así por una razon, observó Dorotea.

Su padre le lanzó una mirada imponente.

—Hoy es San Silvestre, continuó la jóven sin desconcertarse.

Los señores se aproximaban á la recien llegada, y el mariscal, comprendiendo que debia ocultar sus impresiones, respondió friamente:

—Hija mia, estás en tu derecho, hoy imperas aquí, y la señora es *invitada*.

—Pasemos al comedor, dijo Munster.

Loffen se colocó en el extremo opuesto de madama de Nugel, resolviendo guardar un profundo silencio que interpretase su disgusto; esta no trató de interrumpirlo, pero el mariscal se hizo cargo de sus mudas atenciones. Satisfacian sus deseos anticipadamente, y los manjares y vinos á que daba preferencia, se los ofrecia Carlota, que no habia olvidado sus caprichos. Por vez primera despues de quince años se vió obsequiado con ese cariño de una tierna esposa, que ameniza la existencia del hombre y que no puede verse reemplazado por los desvelos de una hija sin dejar algun vacío.

La voz de William anunció la media noche, ofreció su brazo á Madama de Nugel y se dirijieron con el séquito de acompañantes á la iglesia.

Hay una escena de la vida, escena que une para siempre en la tierra á dos seres, que los destina á ser inseparables compañeros con una solemnidad religiosa que conmueve el corazon, pero mas especialmente para un padre tiene esa bendicion nupcial algo de grave y patético. Las emociones que acababa de experimentar el mariscal, hablaban á su alma y la inclinaban á la ternura. Por un impulso involuntario se cayeron sus ojos en madama de Nugel, que ocultando el semblante con sus manos suspiraba sordamente. «Al fin es madre,» se dijo, y esta idea le conmovió.

¡Su madre! ¡y parecia allí como una extranjera y con un nombre supuesto! ¡Su madre! ¡y no completaba con su presencia la felicidad de su hija, porque debian romperse los lazos mas sagrados, y los puros deseos que animaban las almas de Dorotea y William debian convertirse en ilusiones aéreas!

Salieron de la iglesia seguidos de sus acompañantes, y estos se despidieron deseando á los dos jóvenes una existencia de no interrumpidas venturas.

Madama de Nugel se acercó al mariscal pálida y temblando:

—Señor, le dijo, debemos separarnos, adios pues y gracias; gracias por haberme permitido asistir al enlace de mis hijos. No creais que haya intentado ofenderos con mi presencia. He tenido el atrevimiento de no resistir á las tiernas, repetidas y cariñosas invitaciones de mi niña. No estaba en el órden que se presentase delante del altar como una huérfana, ni que nos echara de menos, ni notase nuestra falta en el momento mas solemne de su vida.

Dijo, y se disponia á partir, cuando una mirada de su esposo obró una completa transformacion.

—¡Carlota! murmuró Loffen tendiéndole los brazos.

—¡Esposo mio! exclamó ella lanzándose en ellos con efusion.

Dorotea y William se arrodillaron delante de sus padres. El mariscal, besó sus frentes, y exclamó con una lágrima en los ojos y una sonrisa en los labios;

—¡Benditos los hijos que dan ejemplo á sus mayores! Dá órdenes Dorotea, y sea para tí eterno el dia de San Silvestre.

O. DE P.

LOS OJOS AZULES.

Azules son, dulce niña,
lo ojos que te dió el cielo,
tan azules que parece
que se está mirando en ellos.

Tus ojos, sin ofenderte,
puedo decir que son nuestros:
tú los tienes en la cara,
y yo en el alma los llevo.

Dices que son todos tuyos,
Voy á ver si te convenzo:
tú con ellos miras siempre,
yo por ellos siempre veo.

No hay tribunal que sentencie
á tu favor este pleito,
porque quitarme tus ojos
es mas que dejarme ciego.

De esperanza es el color
que en tus ojos puso el cielo:
mirar es decir "espera;"
me miraron y yo espero.

Si me engañan esos ojos
que tienen fama de bellos,
yo diré que me engañaron,
y el engañar ¡es tan feo!

Como asoman las estrellas
por el azul de los cielos,
así asoman por tus ojos
tus hermosos pensamientos.

Si afirmas que no me quieres,
yo lo contrario sostengo,
para que tan bellos ojos
no queden por embusteros.

Míralo bien, pues con ojos
tan claros, bien puedes verlo,
que los ganas si los gano,
que los pierdes si los pierdo.

© Biblioteca Nacional de España

Azules son, dulce niña,
los ojos que te dió el cielo;
guarda el alma pura, y siempre
se estará mirando en ellos.

José SELGAS.

UN AÑO DE MATRIMONIO,

POR

EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

—No, mas al veros salir, he pensado que nuestra sociedad no os divertia, y que tampoco estariais muy contenta sola en este cuarto.

—Os equivocais, yo nunca me aburro estando sola.

—Celebro saberlo, respondió Hermann cambiando de tono.

La contestacion de Lavinia le habia herido, y ella sentia profundamente que se hubiera escapado de sus labios: un buen rato permanecieron los dos en silencio y sin saber lo que debian hacer, hasta que por fin viendo que la jóven se callaba, Hermann volvió á su juego.

Durante esta primera semana, y en las que las siguieron, el coronel pudo convencerse, mediante las mil ocasiones en que un hombre necesita recurrir á su mujer, de que Lavinia habia permanecido completamente extraña á las cosas de su interior doméstico. Largo tiempo esperó que ella hiciera lo que habria debido hacer desde el principio; pero viendo que ninguna alusion ningun consejo indirecto podian hacerla aceptar como suya la casa de su esposo, tomó definitivamente su partido, y recurrió á Teresa para todo aquello que es propio de las mujeres.

Al pronto la previsora doncella respondia lo que creia de su deber: «La señora lo sabe mejor que yo;» pero observando que el coronel fruncia el ceño y se sonrojaba al oir esta respuesta, dejó de pronunciarla, y viendo que la señora no tenia allí ninguna autoridad, tomó las riendas del poder como habria podido hacerlo siendo el ama.

Lavinia, que veia todo esto, se decia que era preciso poner coto á semejante abuso; pero siempre que estaba á punto de dar una órden para apoderarse del gobierno una idea la detenia: ¿Qué dirá Hermann? ¿no creerá que quiero establecerme en su casa y olvidar ó hacerle olvidar el 25 de setiembre?

Y la consecuencia natural de todas estas reticencias y todos estos escrúpulos, era que el marido y la mujer encontraban cada vez mas sombrío el interior de su casa, y que un frio mortal helaba sus corazones como su vivienda.

El coronel se sustraia durante muchos ratos al enojo de la presencia de su mujer encerrándose en su aposento, y una vez que habia despachado sus negocios, mataba las horas en el cuartito donde habia pasado su vida de soltero, leyendo, fumando y pensando con dolor en aquellas ilusiones que se habia forjado allí mismo sobre un porvenir mas dichoso.

Lavinia corria tambien á su gabinete, y pasaba horas enteras contemplando las grandes rocas que se alzaban delante de su ventana, y preguntándose con estupor cómo la primavera podia jamás embellecer un paisaje tan triste ó alumbrar un horizonte tan sombrío.

La ausencia de vecinos, ó al menos de vecinos agradables, no dejaba mas recurso que la actividad para libertarse del aburrimiento; pero ¿qué móvil ó qué fin habria hallado para ejercerla en aquel hermoso Rosenborg donde nada faltaba, donde todo era tan elegante y tan cómodo?

Y sin embargo, á pesar de aquellas brumas interiores y exteriores, á pesar del enojo, á pesar de la ociosidad, los recien casados no experimentaban el deseo de distraerse frecuentando la escasa sociedad que les ofrecia el vecindario.

Cuantas veces Hermann proponia con timidez á su esposa el principiar á pagar las visitas que recibian, Lavinia se quejaba de dolor de cabeza, y aun cuando no le hubiese dirigido una sola palabra en todo el dia, el coronel contestaba con una graciosa sonrisa al pretexto de su esposa. Las visitas habian sido siempre una plaga para él, y se felicitaba de no tener que hacerlas por los obstáculos que constantemente le oponia Lavinia.

De este modo pues, todas las noches que habrian debido emplear en cumplir sus deberes sociales, las pasaban juntos; el coronel, sentado cerca de la jóven, observaba maravillado la rapidez con que sus blancos y torneados dedos manejaban la aguja, y se complacia en verla ocupada, aunque no manifestara su satisfaccion con los ojos ni con la boca. Durante aquellas largas veladas, su conversacion se referia siempre á las niñas. A veces el coronel hablaba de sus viajes, describia los lugares que habia visitado, las ruinas que mas habian llamado su atencion, y para darla de todo ello una idea bien clara, solia tomar un lápiz y se ponia á dibujar de memoria los sitios de que estaba hablando. Entonces, cuando inclinados ámbos sobre la mesa, Lavinia escuchaba atentamente las relaciones de su marido, la conversacion se animaba de repente, la violencia que por lo comun se hacian los dos desaparecia, y disfrutaban rápidos instantes de un placer fugitivo. Pero al dia siguiente volvia á reinar entre ellos la frialdad ceremoniosa de costumbre, y la noche anterior no les aparecia mas que como un sueño del que se habian despertado.

De este modo pasaron seis semanas.

—Es muy singular, se decia el coronel pensando en ese tiempo, que hayamos podido bostezar tanto durante seis semanas, y que nos sintamos con tanto valor para seguirlo haciendo en las restantes.

Y Lavinia exclamaba:

—¡Alabado sea Dios! ¡la octava parte del plazo ha trascurrido!

VIII.

—Entrad ya, señor mayordomo, bastante os habeis limpiado los piés. Acercaos á la lumbre; es una verdadera bendicion del cielo que hayais llegado á fin de que podamos hablar entre nosotros razonablemente mientras están ausentes los amos.

Esto decia la buena Teresa Brunsberg extendiendo un mantel sobre la mesa y poniendo dos cubiertos.

Era un domingo, la doncella estaba sola en casa, y el sargento, ausente hacia quince dias por negocios de su amo, se apeaba apenas del carruaje cuando le llamaba, como hemos visto, su antigua y excelente amiga.

Hacia un par de años que existia una íntima amistad entre el mayordomo y Teresa, y si las cosas no habian llegado á punto de una explicacion que habria confundido sus destinos, no era seguramente por culpa de ella, pues en tanto que lo permitian su dignidad y su modestia, habia dado todos los pasos oportunos, y le habia dado á entender muy á las claras que en su favor consentiria en olvidar al difunto sargento que habia fallecido hacia años. Pero Stacke, hombre siempre apacible y silencioso, era sobre el capítulo del amor mas silencioso y apacible todavia, y no comprendia ninguna de las indirectas, ni se imaginaba que las atenciones de Teresa, las cucharas de plata sacadas de su cómoda y puestas á su vista, y el cálculo cotidiano de las rentas reunidas con sus ahorros, eran otras tantas baterías asestadas contra su celibato. Agradecia mucho los obsequios, admiraba todo lo que veia y hablaba á menudo fumando la pipa con uno de sus compañeros, de las trascendentales virtudes de la extraordinaria Teresa Brunsberg, pero jamás habria pensado en ofrecerse á una persona tan notable; y de este modo pues, cuando entrámbos se hallaban sentados á la lumbre, y él escuchaba á la digna matrona lo que decia con tono compungido sobre el aislamiento de un solteron y el triste fin que le esperaba, sin nadie para servirle ni cuidarle en su vejez, el valiente soldado se hallaba muy lejos de pensar que ella solicitaba el favor de ser su compañera y servidora hasta el último instante de su vida.

—¿Con que están ausentes los amos? preguntó el mayordomo tomando, despues de muchos saludos, el puesto que le destinaba risueña su buena amiga, en tanto que esta cargaba generosamente su plato con los bocados mas selectos.

—Sí, el señor pastor ha venido á convidarlos á comer, y como la señora queria asistir al servicio, han salido temprano.

—¿Y los otros dias se han estado en casa como de costumbre?

—Sí, por cierto; pero ha venido gente, el mártes de Rawstasor, y el viérnes de Klewe. Las visitas no faltan, pero entre nosotros, creo que es otra cosa lo que falta... otro alon de pato, señor sargento.

—¡Hum! exclamó Stacke, cuyo parecer no era nunca mas que una enérgica confirmacion del de Teresa, seguramente creo que es otra cosa lo que falta... pero tengo bastante pato; de veras, tengo bastante.

—¿Sabeis alguna cosa de particular, señor mayordomo?

—¡Oh! no; no sé nada.

—Pues amigo mio, no se tienen ojos para no ver, ni oidos para no oir: pero lo que ven los ojos debe callarlo la boca, y lo que oyen los oidos, la lengua no lo debe nunca decir... ya sabeis que tal es mi sistema. Sin embargo, entre nosotros no hay secretos, y os hablo como si me halara á mi misma. El coronel... sí, el coronel... ¡oh! yo me entiendo... podeis estar seguro.

El sargento repitió con energía la señal misteriosa que hizo con la cabeza Teresa Brunsberg, y dejó su tenedor y su cuchillo para prestar una atencion completa á sus palabras.

—Sargento, á vos os lo digo, á vos solo, el coronel es un hombre que jamás será dominado por una mujer.

—¡Jamás! repitió Stacke muy convencido.

—Y por eso, continuó la perspicaz doncella, ningun casamiento, le hará dichoso... él y su mujer se aman como dos piedras.

—¡Como dos piedras! exclamó el mayordomo meneando de la cabeza con afliccion.

—Y asi es; Dios sabe que toda idea de matrimonio está bien lejos de mi cabeza, pero no obstante si por una casualidad yo llegara á tomar otro marido mis sentimientos serian muy diferentes, me acordaria mejor de las palabras del sacerdote, y no abandonaria á personas extrañas el cuidado de mi interior.

—¡Oh! exclamó el mayordomo haciendo un esfuerzo de galanteria, la señora habrá notado sin duda que cumplis perfectamente con esos deberes.

—Confieso que no me cojen de nuevo, dijo Teresa con evidente satisfaccion.

—Pero, añadió Stack con acento triste, preciso es decir que el coronel se ocupa poco de ella; nunca le he visto ir tanto de caza: diríase que su interior se le ha hecho insoportable.

—Es verdad que caza muy á menudo; sin embargo, en estos quince dias se ha contenido un poco.

—¿Pero porqué se ha casado con ella si no puede sufrirla? preguntó el sargento con su inflexible lógica.

—Eso es lo mas extraordinario. Entre nosotros, sargento, no creo que la deteste tanto, aunque está con ella frio como una estátua. Anteayer, que entré en el salon muy temprano, le hallé apoyado en la chimenea mirando con atencion al espejo, y la puerta del cuarto de la señora estaba abierta detrás de él, mientras en el fondo de ese cuarto la puerta del gabinete de tocador lo estaba igualmente.

—¡Ah! estaba abierta! dijo el sargento con idiotismo, pues no comprendia absolutamente nada; pero queriendo interpretar el aire misterioso de Teresa, añadió: ¡Es bien extraño!

—¿Qué ha de ser eso extraño? dijo la criada; lo particular es que la señora estaba en el gabinete delante del tocador peinándose su hermoso cabello, y que cuando el coronel me vió se sonrojó y se puso á buscar en su derredor, diciendo que se le habia perdido el pañuelo.

—¡Ah! Entonces será ella la que no le puede sufrir.

—A saber. Cuando están juntos no se dicen cuatro palabras, á menos que no se trate de las niñas; pero cuando el coronel está fuera, he observado, sobre todo en estos últimos tiempos, que la señora se asoma á la ventana como para verle llegar, y en cuanto le distingue se retira ó al menos cierra las cortinas. Sin embargo, yo creo que no le ama.

—Es evidente que no han sido hechos el uno para el otro, dijo el sargento.

—Sin duda; otras personas se convendrian mucho mejor, dijo con intencion la maliciosa Teresa.

—¡Oh! sí, por ejemplo, el baron y la baronesa de Klewe, exclamó el sargento, que no habia comprendido la alusion.

—No queria yo hablar de ella, dijo Teresa un tanto picada; pero no comeis señor mayor, y se enfriará la salsa.

Durante esta conversacion, Lavinia y el coronel subian lentamenle la escalera de la iglesia.

Al ver una pareja tan hermosa, los vecinos murmuraban entre sí.

—¡Da gusto verlos! Y sin embargo, dicen que no se armonizan sus caractéres; el coronel ni la mira. ¡Qué diferencia entre ellos y el baron y la baronesa! El baron, el primer dia que llevó á misa á su mujer no la quitaba los ojos, ¡y qué comparacion tiene con esta!

Algunas de estas observaciones llegaron por acaso al oido del coronel, pero no por esto hizo mas caso de su esposa: no obstante, una curiosidad involuntaria le hizo alzar los ojos hácia aquella cuya belleza todos admiraban, ¡y qué sorpresa! ella tambien fijaba en él una mirada incierta. Ambos atónitos al sorprenderse así en un acto tan contrario á sus costumbres ceremoniosas y reservadas, volvieron la cabeza sonrojándose; pero en aquella mirada recíproca habia una especie de inquietud, de turbacion, quizá porque ya sabian demasiado acerca de ellos, pues Lavinia habia comprendido tambien el doble sentido de aquellos cuchicheos.

Uno de los bancos de la iglesia pertenecia á la familia Rosenborg, y era un banco apartado situado en el coro, desde el cual se veia toda la iglesia, como un teatro de un palco de proscenio.

Hermann llevó á ese banco á su mujer, y al levantarse de la silenciosa oracion que ella habia hecho, descubrió la ligera forma de una mujer jóven y hermosa, que fué á ponerse de rodillas en el otro lado del coro sobre un banco igual al suyo.

¡Cosa extraña! distinguió que todas las miradas de los presentes seguian á aquella jóven al puesto que acababa de tomar; estaba pálida, de una palidez sorprendente, que sin embargo desapareció un momento cuando respondió al profundo saludo que la hizo el coronel.

Lavinia se volvió hácia su marido y le vió en pié todavia y mirando á la jóven; cuando por fin se sentó, suspiró varias veces.

Los bancos se llenaban, y la jóven continuaba siendo objeto de una atencion casi insolente; su rostro palidecia mas y mas, y para sustraerse á todas aquellas miradas irónicas ó compasivas, clavaba la vista con una fijeza dolorosa en su devocionario.

—Lavinia, exclamó el coronel volviéndose hácia su esposa, cuando se levante esa jóven que acaba de entrar, me hareis el favor de saludarla.

—¿Quién es?

—Una infeliz... pero ¿tiene necesidad de otra recomendacion que la de su desgracia?

—La vuestra basta, dijo Lavinia herida con esta respuesta.

—Pues bien, que deba á la mia la señal de estimacion que reclamo, dijo Hermann con un tono de voz que manifestaba un descontento involuntario.

En la cabeza de Lavinia comenzaban á surgir confusos pensamientos.

¿Porqué se interesaba asi por aquella mujer, cuando era hombre que generalmente no honraba á nadie con su atencion?

¿Porqué manifestaba una consideracion tan marcada, y exigia que ella la demostrara tambien, á una mujer que miraba todo el mundo con una sorpresa ofensiva.

Lavinia se preguntaba á sí misma qué importancia podia ella dar á una cosa tan insignificante, y sin embargo, no podia distraer de este asunto á su pensamiento.

—No hay duda, se decia, que le mueve un motivo generoso, y no obstante, no puede haber mas que un motivo. Si no estuviera sentado junto á mí, saludaria á esa pobre mujer, pero al hacerlo parecerá que obedezco á su órden. ¿Y sé yo acaso lo que hago? ¿Quién es ella?... Sí... no, no; es imposible.

Y su idea la hizo poner encarnada como la grana.

—Estoy loca, añadió; ¿qué me importa?... pero obedecer tan ciegamente su órden...

© Biblioteca Nacional de España

En este momento la jóven pálida se levantó, sus ojos se dirijieron al banco del coronel, y antes de que Lavinia hubiese tenido tiempo para tomar una decision, ella habia desaparecido por detrás de las columnas.

Lavinia movida por un instinto irresistible volvió los ojos al coronel, quien la miraba fijamente, y con una mirada que no solo mostraba frialdad y descontento, sino desprecio tambien.

Las megillas de la jóven se inflamaron, y su corazon latió con violencia.

Sintió amargamente no haber saludado, y sin embargo, ahora, despues de aquella mirada, aunque la ocasion se hubiese presentado de nuevo, no la habria aprovechado.

El oficio estaba concluido, y la iglesia quedaba vacia lentamente. Hermann estaba al lado de su mujer, pero ni siquiera la ofreció el brazo, y el modo que tuvo de ayudarla á subir al coche, y el aire con que se sentó junto á ella no prometian nada bueno.

Entrámbos guardaron silencio largo rato, y le habrian guardado sin duda hasta llegar al presbiterio, si sus miradas no hubiesen caido sobre el mismo objeto á la vez.

Cerca de su coche y al lado de la pared del cementerio se deslizaba la sombra de la mujer pálida. Sus megillas tenian el color delicado y mate de la azucena, y aumentaba el brillo de esa palidez el sombrerito de seda negro que llevaba. En sus vestidos se notaba el mayor aseo; pero ni su actitud ni su andar demostraban la elasticidad vigorosa de la juventud.

Un sentimiento de indecible compasion se apoderó de Lavinia, sentimiento demasiado generoso y puro para que pudiera ser debilitado ni por una sombra de duda. Las palabras pronunciadas por el coronel resonaban ahora mas distintamente en sus oidos que en el momento de decirlas:—«¿Tiene necesidad de otra recomendacion que la de su desgracia?»

El coche iba á dejar atrás á la desconocida, cuando una rápida idea cruzó por la mente de Lavinia, quien poniendo la mano sobre el brazo de su marido, le dijo con dulzura:

(Se continuará.)

Hemos dicho ya que, siguiendo la antigua costumbre, ha venido á veranear á nuestra poblacion un crecido número de familias forasteras. La ocasion, por tanto, era oportuna para que el Casino Gaditano abriese sus elegantes salones, recibiendo en ellos á nuestros distinguidos huéspedes. Esto es en efecto lo que aconteció la noche del sábado 22 del pasado, en la que tuvo lugar un baile dado por los galantes individuos de aquella sociedad, á los que no podia ocultarse que en los pueblos, así como en los individuos, existe un deber de hospitalidad que los obliga á festejar á aquellas personas que vienen á ser huéspedes suyos, siendo estos obsequios una muestra de la cultura de los que los hacen, y del merecimiento de los que los reciben.

Aplaudimos, pues, cordialmente el pensamiento del Casino, intérprete esta vez, como acostumbra á serlo siempre, de la finura característica de nuestra poblacion. Lo felicitamos tambien porque su baile fué bello, como todos los suyos, y porque los esfuerzos de su direccion y comision directiva tuvieron un éxito satisfactorio.

Confesaremos, no obstante, que los salones no estaban en un lleno completo, y que faltaron no pocas familias de las que no suelen en estos casos faltar; pero es bien se tenga en cuenta que los calores de un verano tan rigoroso como ha venido siendo el actual, retrae á muchas damas de acudir á reuniones numerosas, donde además han de experimentar los efectos de la agitacion consiguiente á un baile. Merced á esto, los salones estaban competentemente desahogados, y la temperatura no era molesta ni fatigosa, como de otro modo habria tenido que serlo forzosamente, por mas precauciones que para evitarlo se hubieran tomado.

La comision directiva tuvo el buen gusto de ser parca en los adornos del local, puesto que él es tal que no necesita sino de los que habitualmente lo embellecen. ¿Qué puede ser en efecto mas rico y mas elegante que aquellos terciopelos, que aquellas sedas que tapizan las paredes, y que sirven de fondo á magníficos espejos de variadas y caprichosas formas? ¿Qué cosa mas bella que aquellas arañas de bronce dorado, desde donde difunden torrentes de luz blanca é innumerables bujías? Toda aquella rica sencillez perderia desde luego en gracia, elegancia y buen gusto si se la abrumase con inoportunas cargazones; y por tanto todo lo que hizo fué adornar con flores las arañas del patio, y perfumar con la abundancia de estas mismas flores las salas, las galerías, las escaleras, y especialmente el lindísimo tocador de las señoras, que á algun descuido de las cortinas que lo cerraban se descubria á la vista encantador.

A pesar de que, como llevamos dicho, la concurrencia no era demasiado numerosa, suplióla la calidad de ella. Las jóvenes gaditanas y las jónes forasteras rivalizaron en belleza y elegancia; de modo que si por el número nó, por el mérito de las concurrentes puede calificarse el baile en cuestion de excelente.

No mencionaremos las Sras. y señoritas que asistieron, porque siendo muchas las forasteras no seria posible que diésemos los nombres de todas, así como fuera fácil que olvidásemos el citar el de algunas de las que nos son conocidas; cosas ambas que lamentariamos sinceramente, porque pudiera interpretarse este involuntario olvido como señal de menor valimiento en la que no se mencionaba respecto á las demás. Esto, tras de grosero, seria además injusto.

Los primeros albores del nuevo dia hicieron disipar aquella agradable y bella reunion.

Un par de horas despues de terminada esta culta y pacífica diversion, un numeroso gentío se dirijia con algazara y bulla hácia el otro extremo de Cádiz. No se veian allí damas perfumadas ni apuestos galanes; en balde se buscaria entre aquel concurso uno siquiera de los fraques negros ni de los blancos guantes de los trasnochados concurrentes del Casino: aquellas eran gentes muy de otra estofa, que corrian á ser actores y espectadores á un tiempo en el cornudo drama que iba á representarse en la plaza de los toros. Su protagonista era el toro del aguardiente, y aquel en rigor era el prólogo sangriento de una corrida de novillos de muerte que debia tener lugar aquella tarde en el ya referido circo; porque conviene advertir que desde que tenemos plaza estamos como niño á quien compran un sombrerito de plumas, que los primeros dias quiere que se lo pongan hasta cuando lo acuestan para dormir. Así es que cuando no hay corrida de toros allí hay corrida de novillos, y cuando no hay corridas hay toro del aguardiente, y cuando todo esto falta tenemos allí elefantes ó tenemos allí á Mr. Blondin, el héroe del Niágara, horripilando y erizando los cabellos con sus ejercicios á todo aquel que no tiene de corcho su sistema nervioso.

Ello fué en fin que con un numeroso público de á cuatro cuartos cada quisque (valor de la entrada) salió á la arena el toro en cuestion, y aquí llamado por un harapo, allí advertido por un garrote, pinchado mas allá por un palo de banderilla, derribando á este, arrollando á aquel, corneando al que mejor podia, el torete hizo tan bien de las suyas que, segun voz pública, llegó á ensartar de plano á un muchacho, el que diz que falleció de la herida aquel dia mismo, si bien no respondemos de la exactitud del hecho, por mas que sea, no solo muy posible, sino hasta muy probable.

Si esto ha sido así en efecto, los aficionados al *arte* podrán decir, como el duque de Ferrara en la comedia *Llueven bofetones*: «¡Ya ha sucedido algo!»

Capítulo perruno.—Las pantorrillas están de enhorabuena. Un reglamento recientemente publicado pone coto á las demasías á que solian propasarse estos animalitos, y que no siempre por desgracia presentaban el mero carácter de una mordedura venial.

En efecto, las gacetillas de los periódicos de Madrid comenzaban á presentar la cosa de un modo alarmante; la hidrofóbia amenazaba invadir epidémicamente á la raza canina, y horrorizaba el considerar que tantas víctimas acojidas en las casas de socorro y en los hospitales eran precautoriamente sometidas á la cauterizacion por el hierro, como único aunque terrible medio de oponerse á los contingentes estragos del mortífero virus. Fué, por tanto, indispensable el dictar medidas eficaces; pero como en todas partes hay perros y en todas partes suelen rabiar, máxime en esta estacion, las prescripciones tuvieron que ser generales. Merced á esto se ha abierto una matrícula perruna, con su numeracion correspondiente, la cual en Cádiz escede ya de dos mil, sujetando además á los matriculados á que lleven su bozal, así para la garantía agena como para la propia, puesto que tambien los libra á ellos del suicidio, si tropiezan con una pelotilla de estrignina, aunque hay de ellos tan sagaces que á la legua conocen el embuchado, y no se lo tragarán por mas que tengan un hambre de tres dias.

A conscuencia, pues, del reglamento, los perros han empezado á darse á luz por esas calles provistos de sus caretas de alambre, como los tiradores de florete, si bien en sus manoteos, en sus hocicadas y en sus gruñidos demuestran la impaciencia con que llevan aquel antifaz, que les impide el sabrioso placer de roer un hueso hallado al paso, teniendo que contentarse con olerlo, que era precisamente el suplicio de Tántalo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

VESTIDO DE VIAGE. Enagua de alpaca violeta cerrada por delante con botones pequeños de acero: en el borde y á los lados hay una tira de piel dispuesta en losanges y en cuadros; todos los contornos de esta tira llevan los botones de acero ya dichos. Chaqueta ajustada, con faldetas largas, de la misma tela que la enagua, con mangas semi-anchas, llevando ambas cosas la misma guarnicion ya esplicada. Cinturon tambien de piel, del que pende una limosnera de lo mismo. Cuello recto de lienzo; corbata violeta; sombrero redondo de paja belga gris, con adornos de terciopelo y copo de plumas color violeta.

TRAGE DE FULARD GRIS. Lo bajo de la enagua está guarnecido con un rizado de tafetan verde, sobre el que corre un cordon ó esterilla verde; encima de este rizado se encuentran cuadrilongos de tafetan verde, colocados un poco al sesgo, y rodeados de encage negro estrecho; estos adornos disminuyen de tamaño, y suben por ámbos lados formando delantal; corpiño liso, montante. Cinturon *postillon* de tafetan verde; mangas casi ajustadas, con un encage negro y esterilla verde. Cuello de lienzo con sobrepuestos de guipur blanco; puños de la vuelta semejantes en su adorno al cuello.

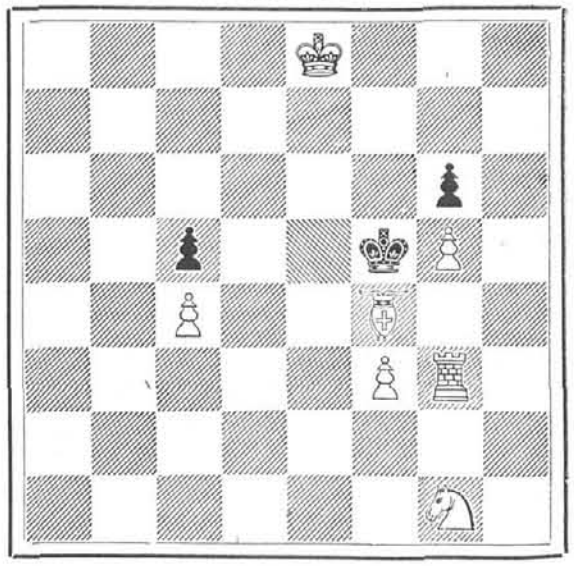
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 16.

1 A 4ª R	P come A (a)
2 R 3ª CRª	R come C
3 A come C jaque-mat.	
(a)	P come P.
2 C 6ª Rª	P 1 paso
3 C 5ª AR jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 17, POR M. COMBE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en 4 jugadas.

Solucion al logogrifo del número anterior.

MEDIATOR.

Do.—Re.—Mi.—Mora.—Mero.—Dia.—Tarde.—Media.—Medo.—Miedo. Ateo.—Marte.—Marido.—Madre.—Tio.—Tia.—Dote.—Meta.—Mar.—Mateo.—Rita.—Mario.—Red.—Atrio.—Odre.—Roma.—Mota.—Amito.—Orate.—Mitra.—Redoma.—Rima.—Mirto.—Miera.—Mareo.—Era.—Amor.—Arte.—Emir.—Te.—Tiro.—Ira.—Torda.—Remo.—Ardite.—Morea.—Metro.—Moda.—Atreo.—Dario.

ADVERTENCIA.

Habiendo ofrecido á aquellos de nuestros suscritores que ya lo eran á la novela EL CORSARIO NEGRO, que en vez de esta se les daria otra con el fin de que no la tuviesen duplicada, les advertimos que ya estamos en aptitud de poder realizar nuestra oferta, contando para ello con la nueva biblioteca de sus obras que publica la distinguida novelista Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco. En su consecuencia, los Sres. suscritores á este periódico que se encuentren en el dicho, se servirán pasar el correspondiente aviso, á fin de que reciban las nuevas entregas á que tienen opcion.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

Leroy, Imp. Paris.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

n.º 36.

© Biblioteca Nacional de España